

LA BAGATELA

SÉPTIMA EDICIÓN



"Esta noche asistiré a 2 ceremonias peligrosas: fumar marihuana y escribir poemas"

- Tergiversando a Gómez Jattin.



- 1 **Prospecto**
Esteban López Vallejo
 - 2 **El castigo de recordar mi aldea**
Irina Petro De León
 - 5 **Cuenta**
Virginia Petro De León
 - 7 **El cuarto**
Miguel Perneth
 - 9 **El día que la guerrilla se tomó el pueblo**
Ana María Alonso
 - 12 **Escritos**
Carrascal
 - 14 **Eva**
Marcela Sánchez Peñata
 - 17 **Una pasión, un legado**
María Angélica Chica
 - 20 **Seis veces no**
Juan Felipe Garzón
 - 26 **Polvo en la memoria: un recuerdo intacto**
Juan David Torres
 - 28 **Fragmento de una vida etérea**
María Teresa Rocha
 - 29 **Historias por kilo**
Camilo López
-

ÍNDICE



SOMOS UNA TIENDA ONLINE DE
PRODUCTOS ORGÁNICOS Y
ARTESANALES, APOYAMOS EL
COMERCIO LOCAL Y PROMOVEMOS
LA AGRICULTURA ORGÁNICA

☎ (+57) 301 470 45 34
✉ montekistan@gmail.com
🌐 www.montekistan.com

📘 montekistan
📷 @montekistan

MONTEKISTAN SOMOS NATURALEZA

FUN BOX

Cajas de actividades para niños

¿Qué es?

Fun Box es una alternativa de actividades intencionadas para niños que permiten

Acompañar sus procesos

Generar nuevas experiencias

Apoyar el desarrollo integral



☎ 319 614 58 98 - 301 467 9995

📷 @funbox_co

Prospecto

Esteban López Vallejo

"Yo dije que algo muy grave iba a pasar, y me dijeron que estaba loca."
- Gabriel García Márquez

Hoy en mi pueblo, en Cereté, no pasó nada.

Hoy fue un día de esos en los que hizo tanto calor que el tiempo se escurría de los relojes. Un día común y corriente. Otro día en que el gallo de la vecina cantó el himno nacional a las dos de la tarde como lo hace desde hace cuatro años, cuando se lo enseñaron para homenajear a su dueño exmilitar.

En el mercado estaban vendiendo pescados a doscientos pesos el kilo porque hubo una subienda, como la de todos los años, en la que si metes un saco de fique al río, sale lleno de pescados. También hay yucas, unas yucas que pesan noventa y dos libras, de esas que semanalmente llevan porque en los corregimientos saben cultivar. "Nada fuera de lo común" diría la señora que te puede leer el futuro si le llevan los orines en ayunas.

En las noches tampoco pasa mucho, las lechuzas se posan encima de las casas de mujeres embarazadas, como todas las noches. Y si se va la energía eléctrica puedes sentarte en la terraza de tu casa a ver los confines de la Vía Láctea mientras escuchas los chismes del vecindario y el concierto de los animales nocturnos, noches aburridas generalmente.

No tengo historias para contar, no hay mitología, no hay fantasías, sólo la realidad. Algún día les contaré como mi abuela fumaba tabaco al revés con las cenizas en su boca; o cuando una serpiente vivió nueve años en el techo del baño de una tía y al descubrirla se mudaron y dejaron todas sus pertenencias. Algún día hacemos café a las dos de la tarde, cuando la temperatura llegue a los cuarenta y tres grados, nos contaremos las mismas historias de siempre.

El castigo de recordar ^{mi}aldea

Irina Petro De León

Anoche soñé con el pueblo. Las imágenes eran vagas y falsas. Supongo que tiene sentido, ¿hace cuánto no voy por allá? Consciente difícilmente recuerdo ese olor a fogaje ahogante e interminable; las filas que inicialmente eran para comprar aguacate, pero terminaban por hastiarte de todo lo que había acontecido hasta el mediodía; los inútiles soles de lluvia, porque entonces, para uno buscar un rato de fresco, tenía que aguantar calor todo el día y a veces ni llovía. ¿Por qué solo tengo malos recuerdos? Si el pueblo no me hizo nada. Esas calles acogerme más no pudieron, cuando la riqueza me miraba por encima del hombro; cuando mi techo eran las hojas inseparables de los jobos, y mi cama era el suelo todavía incendiado, y mi pan era el que me dejaban al lado los que, en su inocencia, creían que era un méndigo, como si no me conocieran: como si no les hubiese escrito cartas para que se casaran con las personas menos indicadas y nunca me pagaron un peso; y ahí están otra vez, los malos recuerdos.

Sé que el río no era solo diminutos fragmentos de agua que corrían forzados y atrancados por basura y estiércol; sé también que las comadres que hastiaban en la fila de los aguacates a veces daban los buenos días y preguntaban, por chisme o cordialidad, cómo había pasado la noche; sé que aquellos que me dejaban un pan al lado eran en su mayoría turistas perdidos en su camino hacia Coveñas; sé que el pueblo no me detesta, que, con suerte, quizá me extraña, pero mi memoria es terca y se niega a mostrarme al menos una imagen que lo compruebe.

He pensado toda la mañana en él. He llegado hasta el vacío, buscando recordar cualquier instante que me ahorre este viaje que, internamente, hace rato decidí hacer. Me voy a poner todo lo que haya nacido de esa tierra: la camisa que cosió doña Carmen y el pantalón que remendó porque no soportaba verme con un hilo medio suelto; las abarcas que me regaló Luis Pacheco cuando se enteró de que llevaba dos meses caminando a pie descalzo; la mochila que tejí cuando, en uno de esos afanes por buscar algo en lo que contar la tristeza, se me dio por meterme a un taller de crochet y punto de cruz; y mi sombrero vueltiao, ese que me ha acompañado desde siempre. Solo Dios sabe cuándo y dónde nació.

Ahora lo hallo físicamente irreconocible, pero en esencia es el mismo. Empiezo a caminar las calles y no hay rastro de lo que éramos en ese entonces, el pueblo y yo. Me da la impresión de que la gente que ahora anda por las calles era muy joven cuando yo descansaba donde ahora ellos pisan; quizá por eso no me reconocen. Intento buscar las casas de los que se podrían sorprender al verme volver, pero ya nada está en su lugar y tengo la sensación de que solo en la casa blanca con cruces en la entrada, sombría y lejana, los puedo encontrar a todos. Y en esta búsqueda desafortunada de identidad, de sentir hogar en un lugar que ya no me pertenece, me tropiezo con el único edificio que no han movido: la casa de los artistas absurdamente esperanzados que siempre buscamos quitarle el afán de ciudad a lo que antes eran cuatro esquinas. Le doy la vuelta y entro por la cerca que yo mismo rompí cuando no podía esperar a que fueran las ocho de la mañana. Este lugar sigue intacto. Tiene las hojas que cayeron hace más de dos ocassos, la misma biblioteca anticuada con más polvo que libros y, en uno de los murales sin retocar, me hallo en las palabras que un día Isabel, mi amada y mejor amiga de aquel entonces, me escribió:

*“Los habitantes de mi aldea
dicen que soy un hombre
despreciable y peligroso
Y no andan muy equivocados
Despreciable y Peligroso
Eso han hecho mí la poesía y el amor”.*

Recordé entonces a Isabel, al viejo grupo de poetas, a las pinturas en las paredes; recordé todo lo bueno y supe también por qué había partido hacia Cartagena. Al pueblo le prometí llevarlo en el papel a otros lugares; nunca volví porque rompí la promesa, porque sigo buscando la forma de escribirle sin rencor al lugar que tanto me dio y tan rápidamente me lo arrebató todo. Al pueblo lo amo más en el exilio. Entonces volveré a casa, a recordarlo como pueda, a escribirle palabras cargadas de una nostalgia que ya se me hace pesada, a seguir dejando que el amor y la poesía hagan de mí lo que les plazca.

Al pueblo le prometí llevarlo en el papel a otros lugares; nunca volví porque rompí la promesa, porque sigo buscando la forma de escribirle sin rencor al lugar que tanto me dio y tan rápidamente me lo arrebató todo.

Cuenta

Virginia Petro De León

¿Cómo estará la vaina de jodida que se inventaron un nombre para los cuenteros? Si acaso sabrá Reinaldo Ruíz qué es el Storytelling.

Me pasé unos quince años creyendo que uno de mis mayores defectos era que no me callaba. La única queja que recibía mi mamá mes a mes en el colegio era que “la niña hablaba mucho”. Yo nací con la necesidad de ponerle conversa a quien tenga al lado, y pues claramente... semejante problema para cualquier profesora. Con los años descubrí que lo que no podía hablar, lo escribiría, y así fui dejando regados, en revistas escolares y cartas ajenas, más de un poema mal escrito y alguna opinión barata de un tema trillado.

Nunca realmente he llegado a preguntarme “¿Cómo voy a contar mi historia?” porque abordo con completa sencillez la narrativa de mis días. Para mí el Storytelling lleva años en esta tierra y mi abuelo paterno siempre supo usarlo a su favor con exageraciones e inventos mágicos. Por tanto, las historias no deben representar una carga, ni para quien la cuenta ni para quien la escucha.

Cuando tenía 14 años, muchas de mis amigas ya tenían novios. Alguna vez, una de ellas se iba del país y había decidido terminar su relación. Entonces llegó un día y me dijo “tú qué sabes escribir, escríbele una carta de despedida a Daniel”. Primero, traté de negarme porque realmente ¿cómo voy a hablar de algo que no he vivido? Y luego después de mucha insistencia, le dije: “dime qué estás sintiendo y yo lo pongo en palabras bonitas”. Hoy, ya después de mucho tiempo, me doy cuenta de que es precisamente esa responsabilidad implícita que nos han puesto de poner todo “en palabras bonitas” lo que limita el poder contar historias. Estoy segura de que Daniel hubiese conectado más con las palabras que él ya identificaba en ella que con aquellas que yo trataba de acomodar en su carta.

Ahora bien, a lo que trato de llegar y, por tanto, de convencerles es que en definitiva lo difícil no es contar una historia (sea la tuya o la de otros), nunca será complicado hacerle creer al mundo lo que es real. Zámpale par de embustes si se te antoja, son tus mentiras, pero les han querido hacer creer que existe una manera exacta de contar el mundo: únicamente escrito, bien elaborado, con buena redacción y con palabras rebuscadas en algún diccionario y que al final, nadie entiende. No, no es así.

Hacer público lo vivido viene de la capacidad de convertir una situación en anécdota. Decide cómo contarlo. Sea cual sea tu instinto para hacer arte, tómalo como parte de tus pasos por esta tierra y vuélvelo oficial. El texto de la edición de Aniversario de esta revista, la edición pasada, me tomó casi dos meses darle final y concluir. Sabía lo que quería contar, pero no lograba encontrar ni el fondo ni la forma. Viví con la historia “en la punta de la lengua” por semanas. No basta entonces con “saber” contar, la historia que elijas debe interesarte tanto o más que a quien la escuche o vea porque sólo así podrás transmitir tus emociones justo de la manera en que esperas y, en consecuencia, darle fin.

El Cuarto

Miguel Pernet

Jamás quise salir de ese cuarto, sentía que el tiempo no pasaba, pero eso era una simple ilusión, corría más rápido de lo que imaginaba. Sentía que debía hacer más cosas, expresarme, decirle todo lo que siempre había querido y mucho más (si era posible), pero no estoy seguro si mis palabras alguna vez alcanzarían para expresarlo todo.

Ella bailaba, sonreía, no dejaba de verme con una lujuriosa mirada que me absorbía completamente. Sabía específicamente en qué estaba pensando, qué me sugería mi mente que hiciera, cómo tocarla, cómo quería que me tocara. Estaba a su merced y, por más que intentara ocultarlo, ella lo sabía. Trataba de comprenderla a través de las miradas que llegaban hasta mí ser, pero no pude, ella era imposible de descifrar.

Mi alma estaba desnuda frente a esos ojos color marrón que parecían devorarme en una oscura noche, donde nada había, sólo la luz que me iluminaba, que provenía de ella. Yo vacilaba, mi mente era un remolino de emociones, no tenía el control, pero por primera y única vez, eso no me molestaba. Los abrazos me hacían sentir sus costillas algo marcadas, su espalda un poco curvada, su corazón cerca de mi pecho. El olor un poco quemado de su cabello por el fuerte calor y los rayos del sol siempre fue familiar para mí. Besar su cuello y sentir sus pechos algo húmedos por el sudor era algo indescriptible, perfectamente redondos y suaves, una explosión en la mente. Su delicada cintura se sentía muy frágil, pero era más firme que cualquier acero; se juntaba con sus muslos, sus bellos muslos que te hacían babear de querer morderlos, tocarlos, amarlos.

Seguí por mucho tiempo en ese cuarto, en la penumbra, sintiendo todo sin decir ni una palabra, los gemidos la mayoría del tiempo hablaron por si solos. Pero ya no estaba ahí, ya no sabía de ella, no la volví a ver, sólo se esfumó... en el tiempo, pero mi mente jamás la olvidó, nunca olvidó el tiempo infinito en aquel cuarto. No sé si es un recuerdo, o es sólo una ilusión, solo sé con seguridad que ella, ya no estaba ahí.

**Mi alma estaba desnuda frente a esos
ojos color marrón que parecían
devorarme en una oscura noche,
donde nada había, sólo la luz que me
iluminaba, que provenía de ella.**

El día que la guerrilla ^{se} tomó el pueblo

Ana María Alonso

Sábado decembrino, día de comercio en la señorial Santa Cruz De Lórica, apenas el sol se asomaba ya se veía cómo los campesinos bajaban de los Jeep Willys las cosechas de su arduo trabajo en la plaza de la concordia. En el mercado había de todo, pues no existía para el comercio restricción alguna, el bullicio de la plaza abarrotada de gente podía resultar ensordecedor para aquel que estuviese de visita.

En la orilla del río me gustaba deleitarme con el aleteo de las garzas, el olor de la mañana y el sonido de las aves, con un pocillo de café y mi galleta de limón. En una esquina frente la farmacia estaba yo, Francisco, con mi sombrero vueltiao, mis abarcas, y el que parecía ser mi uniforme, una camisa manga larga y un pantalón ancho que amarraba a mi cintura con una pita de saco y un nudo, vendiendo mi particular guarapo con caña.

La mañana pasó en su alborotada normalidad. A eso de las 12 del mediodía, el sol me picaba en la piel, la gente venía a comprar mi guarapo para disimular el golpe de calor que había en el lugar, en la farmacia de la otra calle se escuchaban los gritos de los campesinos que del calor se habían tomado tan rápido el frappé que, como dice por ahí, se les había congelao' el cerebro.

Llevábamos varias semanas escuchando noticias de pueblos vecinos que eran tomados por la guerrilla; a decir verdad, la tensión estaba implícita en las callejuelas de todo el pueblo, pero las festividades de diciembre lograban apaciguar los nervios. A eso de las 12:30 pm despachaba un cliente cuando escuché un sonido que me especuló los pelos, ¡un disparo! En medio del miedo pegué el grito al cielo "¡Dios mío la guerrilla se metió en el pueblo!".

La plaza se revolucionó por completo, los pescadores se tiraron de sus canoas y los que estaban en la orilla del río se tiraron en él. En cada rincón del pueblo se escuchaban los gritos "CORRAN, CORRAN, LA GUERRILLA SE METIÓ" "LA GUERRILLA SE TOMÓ EL PUEBLO". Casi de inmediato, las farmacias bajaban las esteras, las casas cerraban sus puertas y ventanas como si no hubiera un mañana y, en menos de media hora, desde la plaza hasta el puente de la entrada de Lórica, se escuchaban los gritos que anunciaban que la guerrilla se había tomado el pueblo.

Una hora después todo se había sumido en un silencio absoluto hasta que el primer valiente decidió salir de su casa, con escopeta en mano; de paso, el vecino le avisó a otro vecino, se fueron directo al mercado y cayeron en cuenta que el calor y la intensidad del sol habían hecho detonar los fuegos pirotécnicos que estaban vendiendo en la plaza. Casi de inmediato, el pueblo entero empezó a salir de sus casas nuevamente y, al caer en cuenta de lo sucedido, sólo se escuchaban risas y la forma en la que el pueblo se enloqueció irracionalmente. Cada uno se llevó su versión de la historia. Yo, Francisco, el vendedor de guarapo fermentado con caña, recuerdo con nostalgia el día que la guerrilla se tomó el pueblo.

La anterior historia es un homenaje a la señorial Santa Cruz de Lorica, relata una anécdota vivida por mis familiares hace algunos años, narrada desde la perspectiva de Francisco, un loriquero que por muchos años vivió de la venta de su guarapo con caña.



Escritos

Carrascal

En el silencio de la noche hay mucho que pensar,
hay mucho que escuchar dentro.
Sabes, no te busco y te encuentro en todos lados,
cierro los ojos y camino a tientas, quizás vuelva a tropezar contigo,
en la oscuridad de la noche sólo noto tu sombra,
y en mi insomnio, yo te sueño.

Mientras todo da igual, yo te pienso,
el tiempo corre, pero yo me detengo en ti,
en este agitado mar de la vida hundir barcos también es navegar.
- ¿A dónde te diriges con ese pesado equipaje de memorias?
- Amor y Roma ambos han caído.

En momentos como estos ya no hay más,
nada nace, ni nada me mueve,
ni siquiera vértigo ante semejante vacío,
ya me acostumbré a esta superficial sensación de normalidad,
como un moho que me cubre y me consume en lentas horas.

Escuchaba murmullos en la otra mesa,
un hombre preguntaba cuántos tragos ablandaban un nudo en la garganta,
cuántos giros daba la moneda antes de escoger la mala suerte,
también se quejaba de los corazones de piedra,
decía que se rompen irremediablemente,
tarareaba una frase seguida de un suspiro,
"Bajo la oscuridad y su desamparante inmensidad, en mí aletea una luciérnaga".



Eva

Marcela Sánchez Peñata

Domingo grababa su nombre sobre el tanque de agua con un palo que había recogido de la calle, escribía delicadamente cada letra, esperanzado en que los años no borrarán su firma. Se apresuraba antes que el sol se escondiera para no equivocarse. Absorto en sus pensamientos y en hacer la caligrafía de la última 'o' perfecta, escuchaba la voz de su esposa Eva resonando en todos los espacios de la casa. Caminaba de un lado a otro seguida de diferentes mujeres del barrio que creían ver en ella el futuro de sus andanzas, se abalanzaban ante cada palabra que decía y escuchaban atentas e inquietantes, mientras leía al final de un pocillo de café, los designios que el universo les tenía preparados.

Sus sobrinas corrían detrás de ella, admiraban su forma de caminar, hablar, imitaban su forma de peinarse y memorizaban las palabras alguna vez dichas para repetirlas frente a los jóvenes que querían besar. Eva se sentaba en la cabecera de la mesa, aquella silla que sólo debía ser tomada por el patrón del hogar era despojada por Eva con toda la pleitesía que le brindaban sus familiares. Familiares míos, no tuyos, le recordaba Domingo cada mañana que los visitaba.

Empezaba con el café, pasaba a las cartas, interpretaba destinos según las vidas de cada persona, posibilidades de viajes, nuevas relaciones o los logros que tendrían se asomaban en las conversaciones. Sus sobrinas llevaban amigas a que se reunieran alrededor de su tía, 'tía la bruja' le llamaban, aquella tía que vivía en un pueblo cercano pero cuyo pasado nunca conocieron, y de quien no podían asegurar la certeza de sus palabras, pero como la menor de las sobrinas afirmó una noche: "si Eva mintiera, a los hombres no les enojaría su presencia".

En todos los pueblos de la sabana el nombre de Eva retumbaba con poder en las casas, los mayores intentaban no creer en aquellas cosas que sus abuelos habían vivido años atrás, pero veían a sus esposas tan entregadas a sus palabras que terminaron cayendo en una seducción en la que Eva no tuvo que hacer movimiento alguno. Domingo admiraba desde lejos el teatro montado por su esposa, conversaba con sus hermanos sobre lo difícil que se había convertido su matrimonio desde que lo despertaban mujeres desesperadas por no poder aplacar a sus esposos, les cerraban las puertas en las iglesias y sus pocos amigos le pronosticaban un matrimonio infeliz en el que seguía por algún embrujo. Pero sus familiares estaban atrapados en el encanto de Eva, las quejas de Domingo eran escuchadas y olvidadas tan pronto Eva les hablaba de temas banales, acompañada de su confianza arrolladora.

Desesperada de sus quejas, una hermana de Domingo le preguntó por qué escogió como esposa a una mujer que él consideraba bruja, Domingo se burló, cada que escuchaba la palabra hacía que su cuerpo se tensara y hablara disparates en lenguas desconocidas. No es una bruja, empezaba a explicar intentando no perder el argumento, porque las brujas no tienen esposos. Domingo le contaba una vez más cómo habían comenzado las cosas. Recordaba el calor de un lunes de mayo, él yendo a trabajar a las parcelas, unos señores deteniendo su andar, inquietos sobre la bruja que acechaba a hombres para dominarlos, se rumoreaba de tres víctimas fatales. Domingo se echó a reír y les explicó que en ese pueblo no existían brujas, existían eso sí, mujeres capaces de tomar hasta el último hombre, vivir la dicha y el placer, para que hicieran de ellos su antojo.

A los días del incidente, un grupo de mujeres frecuentó su casa, dos de ellas vestidas de negro y una más atrás utilizaba ropa colorida de carnaval. Domingo las hizo pasar, les brindó un café recién preparado por él, tuvieron una conversación matutina sobre el pueblo, los animales, el clima. Eva se mantuvo al margen, sentada en un taburete leyendo un periódico viejo que había tomado en su último paseo a la ciudad mientras le ordenaba pequeñas labores a Domingo quien lo hacía sin chistar; así, las mujeres observaron cómo tomaba cada utensilio utilizado, lo llevaba a la cocina y lo lavaba. Recogía cada sucio y hasta le quedaban energías para besar a su esposa, a quien no le reclamó por atenderlas. Esa misma tarde, se decía que habían encontrado a la bruja.

De ahí en adelante, Domingo no volvió a sentir paz a su alrededor. Sus sobrinas escucharon los rumores y negadas a quedarse con la duda decidieron realizar visitas ocasionales donde sus tíos, al punto de tener encuentros privados con Eva una hora a la semana. Domingo, preocupado de que les enseñara lo que los rumores decían, incapaz de afrontar a su esposa y negado a vivir con una bruja, cuestionó a una de sus sobrinas, a su pregunta sobre qué les enseñaba Eva en esa hora, ella contestó: a vivir.



Una pasión, un legado

María Angélica Chica

Que buena es la vida cuando hay historias, recuerdos, anécdotas o relatos que contar. Al final es lo único y lo más valioso que nos queda de nuestras experiencias o de una persona. Para los periodistas, las historias son la base de su profesión y sustento de trabajo, es a lo que se dedican incansablemente.

Cuando pienso en periodismo, recuerdo a mi periodista favorito, mi papá, Rafael Chica Guzmán; en cómo le brillaban los ojos y sacaba esa chispa para investigar, redactar y comunicar las historias de una forma original. Para el periodista ningún sacrificio es grande en el proceso de encontrar la mejor noticia. Así como lo decía Gabriel García Márquez, tuvo el mejor oficio del mundo; nació para la profesión y persistió en ella, gracias a su pasión insaciable.

Rafael fue un periodista que dejó en alto la labor en la región y en todo el país. Su trayectoria conocida por muchos incluyó la participación como corresponsal de canales nacionales y pionero en la reportería regional. Con su experiencia como alcalde de Cereté, comprobó la relación entre la labor periodística y el bien por su comunidad. Finalmente, cumplió uno de sus sueños, tener su propio medio de comunicación en la región, que hoy es uno de lo más importantes.

Para mí, tener padres periodistas significó desarrollar la profesión sin pensarlo. Recuerdo que acompañaba a mi papá a varias entrevistas y cubrimientos de eventos en el departamento, pero las largas horas de trabajo nunca le quitaron la sonrisa de su rostro ni las ganas de interactuar con la gente. Es aquí donde este oficio se ganó mi admiración y despertó mi interés en seguir sus pasos como periodista.

Hoy, mi mayor orgullo y felicidad, a pesar de su partida, son un sin fin de historias que dejó mi padre y un recuerdo en cada persona que lo conoció. Cada vez que es recordado, viene a mi memoria todas las enseñanzas y momentos compartidos, me embarga un sentimiento que me invita a seguir su legado como persona íntegra y como el periodista que nunca se cansó de dar lo mejor para su profesión, para sus hijas, familia y su pueblo.

En memoria de los mejores periodistas de la región, Mi Padre: Rafael Chica Guzmán Q.E.P.D.

**Cuando pienso en periodismo,
recuerdo a mi periodista favorito, mi
papá, Rafael Chica Guzmán**



Seis veces no

Juan Felipe Garzón Girón

Las 8:40 a. m. marca el reloj mientras pájaros escondidos entre las ramas cantan y una llovizna de hojas secas cae sobre el Monumento de los Héroes. A un costado, Elmer de Jesús, un soldado profesional de 34 años, con una mirada profunda, recuerda momentos de su vida.

De su infancia habla sobre su abuela, con la que vivió por mucho tiempo hasta que su papá, por motivos económicos, pudo llevárselo para estar juntos. No conoció a su mamá sino hasta la edad de 22 años, luego de prestar el servicio en la Décima Primera Brigada del Ejército para conseguir la libreta militar. "Después, cuando presté el servicio me quedó gustando el Ejército y, desde ahí, si otra vez vuelvo a nacer, otra vez elegiría ser militar", expresa Elmer.

Luego de salir, empezó a ganarse la vida como muchas personas en Colombia, siendo un todero, vendiendo leche, periódicos y trabajando como albañil, hasta que un día conoció ese amor que muchos creen imposible de hallar y se casó. Pero esa fuerza interna, ese combustible llamado superación, seguía siendo más fuerte, y sus deseos de tener "un trabajo bueno", como lo llama él, aún no eran realidad.

Así que regresó a la brigada que lo vio convertirse en hombre, esta vez para hacer realidad su anhelo. Con el tiempo, y gracias a su personalidad abierta, cálida, crítica y honesta, se volvió amigo de todos, un consejero paciente, incluso en la persona que les enseñaba a cocinar a algunos. "Yo me considero una persona imperfecta, con pecados, pero la mayoría de la gente que me conoce me considera buena persona, intachable", dice con orgullo.

Al saber que ser soldado era un trabajo riesgoso, siempre fue sincero al expresarle a su esposa lo siguiente: "no tienes que acostumbrarte a que todo el tiempo yo esté, porque va a llegar el día que te van a llamar y te van a decir que estoy herido o, Dios no quiera, muerto". Por eso, siempre le pidió a Dios que, si le iba a pasar algo, no fuera con minas, que fuera con tiros y combatiendo, ya que, según su filosofía, "si pido que a mí no me pase nada, ¿por qué a mí no y a otros sí?"

Pero nada de eso impidió que Elmer se convirtiera en un soldado destacado y respetado, solicitado para fuerzas especiales, con pasión por las misiones e ir tras los objetivos, el primero de su clase en guía canino y el tercero en antiexplosivos.

Sin embargo, un día sucedió, como la obra de García Márquez, la Crónica de una muerte anunciada. El ambiente se tornó más intenso, mientras los labios de Elmer relataban los momentos anteriores al hecho, «íbamos por un objetivo, no se veía nada, una casa normal. Llegando a la casa, unos “civiles”, nos dispararon, eran bandidos y había niños».

Su voz cambió un poco mientras relataba que “entramos en combate, me mataron a un compañero y a mí me dieron seis tiros”. De repente, un dedo entra en el panorama para señalar las cicatrices en sus manos. “También me dieron un tiro en la boca, gracias a Dios no pasó, los dientes recibieron todo, pero perdí la parte de la encía”, comenta Elmer.

Además, también recibió un tiro en la nariz, lo golpearon con palos mientras se levantaba del suelo una y otra vez, perdiendo fuerza y también las ganas. Uno de los tiros, que impactó en la caja torácica, fue el que lo dañó por dentro, como lo confiesa: “perdí parte del intestino, un riñón, me perforó el hígado, perdí la vesícula, me reconstruyeron la vía biliar”. Al terminar, un silencio impetuoso inundó todo el aire, como si se hubiera dado cuenta, en un acto de reflexión, que contar esa historia era, en pocas palabras, un milagro.

Como respuesta a esa revelación, que probablemente no era nueva, una frase muy curiosa se presentó: “la muerte es como un sueño sabroso, una vaina bacana, uno no siente nada, es ese sueño cuando estás trasnochado, cansado, así se siente”. De los tiros que le dieron, solamente sintió dos, uno que le dieron de frente en el rostro, a quema ropa, comúnmente llamado “el tiro de gracia”, y otro en el brazo derecho.

En el éxtasis del momento, y con determinación, sus compañeros lo sacaron de ahí, casi perdiendo la batalla, “gracias a ellos estoy vivo, a ellos y a Dios” dice Elmer, pero otra confesión interrumpe el hilo de la historia: “para mí eso no fue duro, lo más duro para mí fue acordarme del sufrimiento que tuvo mi señora, ella no dormía, era día y noche en la clínica, estaba ahí afuera”.

Todos los días esperaba la hora de las visitas para ver a su esposa, la razón (quizás) de que siguiera con vida, de que no se hubiera rendido a ese sueño sabroso, como llama a la muerte. Dice que “hubo tiempos donde me quería morir, estaba fastidiado, uno se cansa, me decían los familiares y amigos: pídele a Dios, pero yo pensaba, Dios me lo ha dado todo, ¿qué más le puedo pedir?”

Pero las adversidades no lograron vencer el buen ánimo de Elmer, era bromista con sus amigos, que jamás lo abandonaron, y con las enfermeras y, aunque muchas veces ese entusiasmo se nublaba, jamás permitió que se volviera el clima que predominaba en la habitación.

El tiempo pasó, Elmer, ya sano, aunque con bastantes secuelas del suceso que vivió, se siente orgulloso de lo que es, de las cosas que ha conseguido, de las peticiones que le ha hecho a Dios y que este le ha cumplido. "Llevo casi 17 años con mi señora, he tratado de mantener mi familia. He conseguido lo que he querido, todos mis hijos fueron planeados, quería una moto y un carro, lo conseguí, quería familia y la conseguí", dice con un semblante de orgullo.

Por el momento, su sueño ahora es disfrutar de su familia, conseguir un terreno para construir su propia casa y tener, como dice: "mis platanitos, mis yuquitas, vivir apartado, tranquilo". Darle, sin duda, un giro a su vida, un nuevo comienzo. Porque hay cosas en la vida que no tienen precio; la oportunidad de seguir vivo, de decirle seis veces no a la muerte, de abrazar a su esposa e hijos y hablar, sintiendo la brisa fresca de la mañana, seguramente hacen parte de ese grupo.







Polvo en la memoria:

Un recuerdo intacto

Juan David Torres

Hay polvo en la terraza de mi antigua casa, en la casa donde descansa esa nostalgia de una infancia con la que simplemente no consigo reconciliarme. Hay polvo en ese refugio que yace triste en mis recuerdos de pueblerino básico, sin rumbo claro, con algunas raíces desconocidas y con una memoria de la cual se apodera el olvido en un frenesí indomesticable, pero que termina preñando tantos poemas y a tantas hojas blancas, que los hijos de mi memoria consumida por el tiempo, permanecen intactos, eternos, sonrientes y, sobre todo, vivos.

En la casa vive un recuerdo: mi abuela, sentada en una mecedora como una niña que nunca tuvo paz, tan alegre, tan eufórica y con los rasgos llenos de una ternura indescriptible; la veo y el mundo se paraliza a mi alrededor, la escucho hablar y la escucho reír bajo el sol de mediodía que sofoca al pequeño pueblo llamado Rabolargo, pero que conocen más como "infierno" (por el sol y por la lengua); la veo y el mundo se paraliza, la veo y la memoria me empieza a arrugar el corazón como arrugaba mi abuela el queso en un caldero para amasarlo.

La casa que ya no me pertenece, gracias a la muerte y al arriendo, era un templo de la soledad y de los recuerdos, para ella más que todo, pues nunca silenciaba el dolor que cargaba en el pecho y que expresaban sus ojos llorosos y sonámbulos mientras hablábamos. Nos queríamos y lloramos muchas veces entre el bullicio de este pueblo donde suelto mis palabras para hacerle honor a su historia, para hacerle renombre a su recuerdo, para demostrar que en todos lados hay algo que contar y que en todos lados vive un tumulto de sentimientos que se callan y se esconden, aunque en el pueblo no exista el silencio.

Antes su templo, ahora el mío, antes nuestro hogar y ahora una bala que atraviesa mi cuerpo sofocado. Le escribo a la casa y a mi abuela, para recordarnos, mientras ella está en el cielo, que alguna vez quisimos llegar al mar juntos, pero la muerte nuevamente nos impidió cumplir nuestro sueño de bañarnos en aguas saladas y cristalinas; sin embargo, mi saliva y el agua que transcurre por mi garganta siempre es salada, porque el recuerdo está en mi lengua.

Su sueño era verme crecer, verme feliz y sobre todo, sentirse orgullosa de haber construido a un ser humano bueno (tal vez eso quieren todos aquí: morir con la certeza de dejar retoños bien formados), y ahora mi sueño es escribir y dedicarle todo a su memoria que nunca se murió, aunque llevaba en la sangre que le heredó a su madre el veneno de olvidar para siempre.

Polvo, memoria, nostalgia, silencio, amor, mi abuela y yo, el pueblo de todos los que tienen memoria y se la heredan a los que olvidamos, la tradición de crecer y ser felices con muy poco, los sueños y este canto en el que se expresan las ganas de decirle al mundo que un infarto se llevó mi infancia y me dejó ganas de escribir en un pueblo donde muy pocos lo hacen.

Fragmento de una vida etérea

María Teresa Rocha Petro

Casi siempre que recuerdo una época de mi vida, mi memoria me remite a las noches, no es algo que me pase desde siempre, sino que ahora mi memoria se ha vuelto un poco caprichosa en cuanto a lo que evoca. Últimamente, en estas noches tan solitarias y desprovistas de sueño alguno, estuve recordando ese tiempo en el cual viví en una caja de fósforos y ellas me quemaban tanto como las llamas de éstos. Para mí esa pequeña habitación era la representación de algún infierno, el calor y el desespero de encontrarme allí eran tanto que no me permitían dormir sin antes llorar de angustia.

Esa habitación tenía una pequeña ventana que yo mantenía abierta para que el viento frío que caracteriza a la negra noche llegase como un soplo de ángel a aquel infierno que yo pagaba todos los meses, pero no sólo llegaba el viento, sino que se escabullía también el bullicio de los demás habitantes de la casa que se quedaban hasta tarde en la sala, las risas estrepitosas, gritos, música ininteligible y discusiones fatigosas.

En esos días siempre me despertaba temprano, unas veces para irme a la universidad y otras porque el sol, como si me odiara, llegaba puntual siempre a encender la cajita de fósforos en la que dormía. Muy poco salía de esa habitación, sólo para lo necesario y también muchas veces lo necesario, como ir por un vaso de agua en la cocina que casi siempre estaba llena de gente, era pospuesto, porque aquella casa habitada por gente extraña me invadía de una gran tristeza que se manifestaba en ganas de no hacer nada, de no hablar con nadie, de no existir para ellos y que ellos no existiesen para mí.

Luego de varios meses de convivir con todos, de dormir en la misma cama pequeñita y de quejarme tanto de todo, esas personas extrañas de algún modo raro se convirtieron en conocidos con los que hablaba, discutía, reía estrepitosamente y escuchaba música, pero no puedo mentirme, cuando me fui, mirando todo con esa melancolía que se refugia siempre en las despedidas, me di cuenta que no iba a extrañar nada de allí.

Historias por kilo

@camianlodu









Irina Petro De León

Tiene 6 semestres de Comunicación en la San Marino

@irinapetrodl



Camilo López Durango

Gafas torcidas.

@camianlodu



Andrea Pérez Reza

No la llamen, nunca contesta.

@andpreza



Virginia Petro De León

Aún le debe al ICETEX pero eso no la define.

@virginiapetrod



Esteban López Vallejo

Altanera, preciosa y orgullosa

@esdomingo

